

2. Ser escándalo en el camino de Cristo

Decía ayer que con frecuencia estamos tentados de querer seguir a Cristo dictándole nosotros dónde debería ir, y qué debería hacer y decir, o más bien, no hacer y no decir. El ejemplo más fuerte es lo que le sucede un día a Pedro:

“Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén [fijémonos: “tenía”, no “quería”: era una obediencia, la voluntad del Padre, la misión que Le pedía el Padre] y sufrir mucho por parte de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los escribas, y morir y resucitar al tercer día” (Mt 16,21).

Todo el programa está dispuesto, todo está decidido, todo está dado, de forma consciente. Es cierto que la vocación y misión de Cristo y la de sus discípulos no se define al detalle, en cuanto a las circunstancias y formas concretas a través de las que debe pasar, pero una cosa está clara, clara con precisión: es pascual, tiene una forma pascual, de muerte y resurrección. Y esto para todo cristiano está definido desde el bautismo. No hay vida cristiana, no hay vocación cristiana que no esté íntegramente definida por el bautismo, que supone ser inmersos totalmente en la forma de la vida pascual de Cristo, de su muerte y resurrección, que nos hace hijos de Dios en Él por obra del Espíritu Santo.

A esto, al igual que Pedro, al igual que los apóstoles durante tres años, mientras seguían a Jesús, mientras estaban con Él, a esto estamos tentados de oponernos, de resistir: «Pedro lo tomó aparte y se puso a increparlo diciendo: “No lo quiera Dios, Señor; ¡esto no te sucederá jamás!”» (Mt 16,22).

Fijémonos, de paso, que también Pedro dice a Jesús: “Ven a un lugar aparte y... descansa de tu misión, de tu pasión, de la obediencia a las exigencias demasiado duras del Padre...”.

La reacción violenta de Jesús requiere de Pedro y de nosotros que no cedamos jamás a una tentación grave: la de ser infieles a la vocación, no por debilidad, no por ignorancia, sino como *proyecto*, como proyecto alternativo al proyecto de Dios. En este momento, Pedro no estaba frente a la pasión y muerte de Cristo, y ni mucho menos ante la suya propia, por lo que no se oponía por debilidad, como lo hará en el patio del sumo sacerdote, sino que se encontraba ante la revelación del designio de Dios y se opone a éste por principio, como proyecto suyo frente al proyecto de Dios. Y esto es “satánico”, esto es un oponerse a Dios al igual que Lucifer. “¡Aléjate de mí, Satanás, eres para mí piedra de escándalo, porque no piensas como Dios, sino como los hombres!” (Mt 16,23).

“No piensas como Dios”. En griego se utiliza el verbo *phronein*, en latín *sapĕre*. Un verbo que en español es difícil de expresar con un sólo término. Traducir solo por “pensar” es una reducción, porque en la época moderna por añadidura, absolutizando cartesianamente el pensamiento, paradójicamente, se ha reducido de valor el alcance que tiene para nosotros y con respecto a la realidad. *Phronein*, *sapĕre*, podrían traducirse por sentir, percibir, gustar, experimentar, juzgar, tener sabiduría, tener el sentido.

Ciertamente, la reacción de Pedro es instintiva y sentimentalmente deseosa del bien de Jesús, pero traiciona el origen, el sentido y el fin de toda la misión de Cristo. Y Jesús da a Pedro una ducha helada, para que deje de una vez por todas de no escuchar, para

que deje de una vez por todas de escucharse a sí mismo, a sus juicios y sentimientos instintivos. Porque esto es escándalo más para él mismo que para Jesús. En efecto, Jesús pasa inmediatamente del anuncio de Su vocación pascual a la descripción de la vocación pascual de los discípulos que lo quieren seguir: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien la pierda por mí, la encontrará para siempre. Porque ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si malogra su vida? ¿O qué podrá dar a cambio de su propia vida? Porque cuando venga el Hijo del hombre en la gloria de su Padre, con sus ángeles, entonces dará a cada uno el pago de sus acciones.” (Mt 16,24-27) Está en juego nuestro destino en la medida en que correspondamos o no a la misión pascual de Cristo, a la que nos asimila y homologa el bautismo, y que es la sustancia, el centro de toda vocación y misión en la Iglesia.

Pero dejémonos sacudir también nosotros por las palabras de Jesús a Pedro, por la ducha helada, por el golpe en el estómago, que seguramente lo aterra como nunca lo ha estado en su vida. Porque esto sucede poco después de que la forma de su vocación y misión hubieran sido clarificadas con precisión, también por el mismo Jesús que, en la respuesta de Pedro– “Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16) –, vio el signo de que ya había llegado el tiempo de anunciarle su vocación de “piedra” sobre la que edificar su Iglesia (16,17-19). En resumen, todo está claro, definido, cierto. Es como una profesión solemne, una ordenación sacerdotal, incluso episcopal, “papal” por añadidura, o la celebración del matrimonio. Y he aquí que cinco minutos después, como máximo diez minutos después, Pedro escucha que le dicen que no ha entendido nada, que sus pensamientos, su modo de sentir y juzgar, están en total oposición con su vocación, que vive su vocación conforme a los hombres y no a Dios.

Marcos señala que Jesús se vuelve para mirar a los demás discípulos mientras reprende a Pedro (cfr. Mc 8,33). Porque lo que decía a Simón era válido para todos, era una advertencia esencial para todos. Porque una cosa es sentir una vocación, verla confirmada por Dios y por la Iglesia, seguir todas las formaciones necesarias, todos los currículums prescritos, encontrar a personas excepcionales que nos ayuden, quizá incluso personas con fuerte carisma, quizá también fundadores y santos... Una cosa es quizá hacerse un camino en la vocación emprendida, “hacer carrera” como se dice en el mundo, acceder a responsabilidades importantes... Sin embargo, la vocación no está aún en esto que se realiza, que se cumple, que se vive, a lo que se es fiel. ¿Quién ha recibido todo esto sino Pedro? ¡Ha encontrado al Hijo de Dios! ¡Ha sido formado por Él! Y por Él, en acuerdo con el Padre y el Espíritu Santo, ha sido elegido “piedra” sobre la que Cristo ha querido edificar su Iglesia, dándole en la mano las “llaves del reino de los Cielos”, con la facultad de atar o desatar todo en la tierra como en el Cielo (cfr. Mt 16,18-19).

Pues bien, nada de esto realiza la vocación si falta un núcleo, si falta un fundamento esencial. Es como si todo esto, que es inmenso, estuviese suspendido de un hilo, un hilo que comporta todo, que da a todo esto su vitalidad, como un hilo eléctrico transmite la electricidad que hace funcionar toda una fábrica, todo un aeropuerto, un hospital entero. Hace años se cayó un árbol sobre una línea eléctrica en Suiza y media Italia se quedó sin electricidad! Esto es: hay un punto entre nosotros y Cristo que hace que “funcione” o no toda la vocación y misión que recibimos.